

# Una mirada política de la mediación tecnológica en tres tiempos

**Verónica Weber**

Todo redescubrimiento proyecta sobre el pasado  
su repentina luz y extensos paños de sombra.

André Malraux, *El museo imaginario*, 1965

En un tiempo convulsionado, en el que se debate sobre las características y definiciones acerca de cómo son y deberían ser las clases en la universidad, nos proponemos en este artículo reflexionar sobre el sentido político, pedagógico y didáctico de cualquier propuesta de enseñanza, antes que valorarla por la modalidad en la que se imparte, las mediaciones tecnológicas utilizadas o el peso de la sincronía o asincronía en su desarrollo.

En relación con la educación a distancia y con algunos indicios sobre lo que estaba sucediendo, Edith Litwin advertía, hace más de veinte años, sobre la probable adopción creciente de tecnologías para la formación y la capacitación en diferentes ámbitos durante las siguientes décadas.<sup>1</sup>

1 Edith Litwin, *La educación a distancia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

Apuntando a la democratización del sistema educativo, la autora proponía algunas preguntas clave para identificar el marco político en el cual se inscribían los desarrollos de la modalidad a distancia y destacaba la necesidad de considerarlos como a cualquier otro proyecto educativo. Planteaba, así, tres preguntas que resultan potentes en el contexto actual:

- ¿La oferta se amplía en respuesta a una mayor demanda o es ella la que genera una nueva demanda?
- ¿Se democratizan los espacios educativos para permitir que sectores que antes no tenían acceso a la educación hoy lo tengan?
- ¿Se crean nuevos espacios que, a su vez, promueven nuevas marginaciones?

En la década de 1960, en América Latina la educación a distancia se desarrolló con un propósito democratizador de la oferta formativa, con una genuina intención de acercarse a los y las estudiantes. En el análisis de esas experiencias, los interrogantes echan luz sobre el sentido del desarrollo de modalidad a distancia en esa época, como opción válida para una población dispersa en zonas en las que no había escuelas ni universidades. Pero lo que además traen las preguntas en ese contexto es fundamentalmente una lente para interpretar la educación a distancia y proyectarla desde una perspectiva más amplia, como política educativa en sí.

Los tres interrogantes mencionados resultan valiosos y oportunos, además, para analizar las políticas públicas de las últimas décadas, que llevaron al sistema educativo a extenderse y expandirse mediante la creación de nuevas universidades en todo el territorio nacional. Recordamos que, en 1970, había un total de once universidades nacionales; desde 2010, todas las provincias argentinas cuentan con al menos una universidad pública y, en 2022, son 55 las ya

creadas, con dos más en proceso de creación. Las nuevas universidades hicieron posible el acceso a los estudios superiores de grandes poblaciones antes imposibilitadas de ello. La cercanía de las instituciones no solo se hizo presente con propuestas presenciales, sino que también proliferaron propuestas a distancia, semipresenciales o bimodales, en una combinación en la oferta que la hizo más accesible aún.

En el año 2020, la pandemia por COVID-19 llevó a todo el sistema universitario nacional –como a los sistemas educativos de todo el mundo en todos sus niveles– a largos períodos de aislamiento, en los que se hacía imposible desarrollar clases presenciales en los edificios educativos. La opción de la virtualización de emergencia –como se la denominó– fue la posibilidad de dar continuidad a los estudios –o, incluso, de comenzarlos, para muchos y muchas estudiantes–, así como para otros y otras resultó una limitante. En cada universidad se definieron políticas y estrategias de trabajo para afrontar esta situación particular. Sin embargo, la inminencia y celeridad de los acontecimientos dejaron en evidencia luces y sombras en cuanto a las herramientas, los recursos materiales y simbólicos con que contaban los y las docentes, además de las dificultades para adaptar, modificar, reconstruir o construir las propuestas de enseñanza que venían desarrollando con el propósito ajustarlas al nuevo contexto; también reflejaron las características de un sistema que no termina de integrar los aportes de las investigaciones sobre el aprendizaje, la enseñanza, la tecnología educativa y la pedagogía.

Ante la imposibilidad del encuentro en un aula física en un tiempo común, se hizo necesario resignificar esas dos variables en un tiempo y un espacio distintos. Mayoritariamente, las instituciones y sus docentes optaron por una solución tec-

nológica bastante transparente: reemplazar el espacio físico por algún programa, entorno o campus virtual. La idea de presencialidad mediada tecnológicamente resulta fundamental para describir la situación en la que la presencia, el encuentro, la interacción física (con el cuerpo) se ven mediados por algún recurso, herramienta o entorno que se transforma en interfaz. Las formas que adoptó esa conversión del espacio y del tiempo variaron notablemente entre instituciones y entre profesores/as, tal como ocurre con las clases presenciales. De un modo esquemático, encontramos dos formatos en el desarrollo de las clases durante el aislamiento.

Por una parte, las clases sincrónicas, con el mismo día y horario en un programa o aplicación común. En estos casos, la variable tiempo se mantiene intacta y lo que cambia es el espacio de encuentro, que se muda del mundo físico al mundo virtual. En un relevamiento realizado en 2021,<sup>2</sup> encontramos que esta fue la opción más adoptada, puesto que las clases impartidas durante la pandemia se asocian con encuentros sincrónicos entre docentes y estudiantes, dejando de lado en general otras alternativas.

En el otro extremo se ubican las clases asincrónicas: el mismo lugar –un escenario virtual–, en un tiempo extendido. La clase se desarrolla en un espacio común, aunque no hace falta que todos los actores accedan en el mismo día y horario. La enseñanza, en estos casos, está mediada no solo por el entorno tecnológico, sino sobre todo por el diseño de las

2 Carina Lion, Analía Schpetter y Verónica Weber, “Aprendizajes en tiempos de pandemia. Las voces estudiantiles como claves para repensar la enseñanza universitaria”, en *Virtualidad, educación y ciencia*, 12(24), 2021, pp. 36–48 [en línea], disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/vesc/article/view/36284> [consulta: agosto de 2022].

actividades, los recursos y los materiales elegidos, la secuencia propuesta, la interacción con y entre los/las estudiantes.

Como evaluación de lo ocurrido se puede observar que, para quienes venían desarrollando sus clases de modo presencial, la posibilidad de utilizar las tecnologías para sostener las clases sincrónicas tal como lo hacían resultaba una alternativa prometedora. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, se transformó en una promesa incumplida, debido a problemas tecnológicos y a lo ilusorio de pensar que estar a través de una pantalla es lo mismo que estar físicamente. Del mismo modo, el potencial de uso de los entornos virtuales se encuentra en las posibilidades de diseño de mediaciones e interacción proyectadas y plasmadas por docentes; cargar material en un campus virtual no es suficiente para que el entorno funcione o resulte valioso.

Nos preguntamos hoy qué estrategias, propuestas y acciones permitirían responder a los interrogantes planteados desde una perspectiva de creciente democratización de la educación superior. En el contexto pandémico –en el que todavía estamos inmersos–, se hizo visible un fenómeno que venía surgiendo desde el corazón de las propuestas educativas: el vertiginoso desarrollo tecnológico y –como su causa y su consecuencia a la vez– una cultura digital instalada en la sociedad. Ambos fenómenos están relacionados y tienen implicancias en procesos sociales, comunicacionales y educativos. Además, observamos que se diluyó la línea divisoria entre modalidades rígidas, con la necesidad de flexibilizar tiempos y espacios, y de combinar escenarios aprovechando la circulación entre lo presencial y lo virtual. Esto es así porque la vida de estudiantes y docentes transita entre esos dos mundos y el desempeño académico, profesional y personal requieren la apropiación de ambos. Alessandro Baricco se

refiere a una sola realidad, como un sistema en el que el mundo –fuera de línea– y el ultramundo –mundo virtual– “giran uno dentro del otro, produciendo experiencia, en una especie de creación infinita y permanente”.<sup>3</sup> En la vida cotidiana, y mucho antes de la pandemia, aprendimos a pasear entre un mundo y el otro.

Por otra parte, resulta potente aprovechar las tecnologías digitales para enseñar y aprender más y mejor. Proyectos de simulación, de realidad virtual, laboratorios virtuales, impresiones 3D, *big data*, entornos y redes sociales son solo algunas de las posibilidades que se abren con las tecnologías disponibles en la actualidad. Por eso, entendemos que hay más bien un continuo que alterna y complementa en y entre escenarios que combinan la presencialidad y la virtualidad. Son escenarios híbridos, que se dan juntos, en paralelo, yuxtapuestos. Lo relevante no es tanto la tecnología implicada en cada caso, sino el diseño de buenas propuestas de enseñanza que permitan construir conocimientos de diverso tipo y comprender contenidos, ya sea que esto suceda en la presencialidad, en la virtualidad, o en escenarios híbridos o mestizos. La construcción de propuestas implica atender a los perfiles de los actores involucrados, la situación y el contexto en el marco de los proyectos institucionales, políticos y pedagógicos, así como también a las características de las carreras y de las profesiones, las especificidades disciplinares de las asignaturas, de los entornos, espacios y recursos disponibles y de las trayectorias y particularidades de estudiantes y docentes.

Para avanzar en este sentido, la pandemia constituye un hito que obliga a pensar en un antes y un después, y en la necesidad de acompañar y formar a profesores y profesoras

3 Alessandro Baricco, *The Game*, Buenos Aires, Anagrama, 2019.

para que puedan reflexionar sobre lo realizado durante el tiempo de aislamiento. El desafío es valorar lo hecho sin caer en los extremos que llevan, por un lado, a imaginarlo que sigue como lo que fue antes o, por otro lado, a mantener lo que se hizo en los últimos dos años de virtualidad compulsiva. En este contexto resulta crucial la reivindicación y el aprovechamiento del saber del colectivo docente, junto al de investigadores y especialistas, para lograr superar la virtualización que se desarrolló en la emergencia y dar paso a la mediación tecnológica como alternativa pedagógica y didáctica rica, potente y válida. Las inquietudes propias de los campos de la educación a distancia, de la tecnología educativa, de la política y de la pedagogía se actualizaron en estudios de investigación y de evaluación, en políticas y estrategias de acción desde las universidades, así como en los diseños de planes de clases de docentes.

Por paradójico que parezca, la educación a distancia se propuso, desde sus orígenes, acortar distancias aprovechando todos los medios disponibles para lograrlo. Decía Edith Litwin hace más de veinte años:

Quizás tengamos que llamar de otra forma a la educación a distancia, dado que hoy la distancia ya no la define. Lo que seguramente no vamos a cambiar es su definición de educación y la búsqueda de generar buena enseñanza, al igual que en cualquier otra propuesta educativa.<sup>4</sup>

Podemos afirmar, entonces, que los orígenes de la educación a distancia en las universidades nacionales, la proliferación de universidades nacionales en las últimas décadas y la

4 Edith Litwin, ob. cit.

virtualización de emergencia se consolidaron como políticas que apuntan a la democratización del sistema de educación superior. Entendemos que el debate, hoy, no debería centrarse en la modalidad en la que se imparte la educación, el modelo que utiliza o los recursos tecnológicos que implica, sino en responder a las necesidades del estudiantado teniendo en cuenta las trayectorias en cada caso, así como en acompañarlo a lo largo de la carrera, para que la democratización no se quede solo en el acceso, y proyectar el desempeño académico y profesional de quienes egresen. Es decir, lo que importa de la educación a distancia es su potencialidad para acercar, material y simbólicamente, las universidades a más estudiantes. El desafío actual consiste en proyectar las políticas más adecuadas para el diseño de proyectos educativos acordes a este tiempo. Las formas que adopte la enseñanza en este contexto deberían, en todos los casos, tender a generar buena enseñanza en un sentido moral, didáctico, pedagógico y político.



## Bibliografía

- BARICCO, Alessandro, *The Game*, Buenos Aires, Anagrama, 2019.
- LION, Carina, Analía SCHPETER y Verónica WEBER, “Aprendizajes en tiempos de pandemia. Las voces estudiantiles como claves para repensar la enseñanza universitaria”, en *Virtualidad, educación y ciencia*, 12(24), 2021, pp. 36-48 [en línea], disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/vesc/article/view/36284> [consulta: agosto de 2022].
- LITWIN, Edith, *La educación a distancia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.